

Señoritas

A Andrea le vino. Así nos lo dijo la mañana del primer día de clases, no bien llegó a la escuela, en el patio, antes del timbre de la entrada:

—Me vino.

—¿Qué cosa? —preguntó Gabi, que es medio despistada.

—Qué va a ser, nena —le contestó Andrea con aires de princesa ofendida—. Este año cumplo doce, y bueno, eso. Que soy señorita.

—Ah —replicó Gabi, distraída, en su planeta lejano.

—Cuéntanos ya —dijo Anita, con la voz un poco contenta y un poco triste—. Ahora, todo va a ser diferente —anunció categórica como ella hace siempre con las cosas solemnes.

Andrea nos miró con cierto gesto de lástima, como si fuéramos sus hermanas menores aunque seamos Mejores Amigas Para Siempre: a mí, que soy medio pulga, bajita y lisa como una tabla; a Gabi, que no sé si entendía algo de lo

que estábamos hablando; a Anita, que esperaba expectante el relato completo del asunto y muere por usar corpiño. Y nos hizo un gesto como para que la siguiéramos a Siberia.

—Mora, tú vigila que no venga ninguna maestra —me pidió Andrea, porque sabe que yo tengo una vista espectacular para detectar el peligro.

Nos sentamos desordenadamente, con risitas nerviosas, en los escalones de Siberia. Así les decimos a unas viejas gradas que están en cierto sector de la escuela en el extremo más alejado del patio y que no se caracteriza por su clima agradable. Allí, donde parece que se cruzan todos los vientos y “el diablo perdió el poncho”, como dice Gonza, el maestro de Música, cuando nos toca practicar con el coro en esas gradas. Nosotras creamos desde primero el grupo de “Las Chicas de Siberia” y nos seguimos llamando así, aunque ahora seamos bastante mayores. Ése es nuestro lugar favorito, donde nadie nos molesta, para charlar, cantar o contar sueños, que es lo que hacemos las chicas en los recreos, además de armar coreografías. O ir al kiosco. También nos gusta escribir o dibujar cada una en su L.A.I. (Libreta de Asuntos Importantes), que es como un diario íntimo, pero con la diferencia de que se suele mostrar y compartir con las amigas, incluso se puede prestar. En las L.A.I. anotamos listas, cuestionarios, *preguntas-tutti-verdad*, deseos, sueños y otros Asuntos Muy Importantes. Este año les pusimos nombre para que sea más secreto y los demás no entiendan. Se llaman así: Libreta

Ananá (la de Anita), Libreta Androide (la de Andrea), Libreta Gaviota (la de Gabi), Libreta Morada (la mía, que me llamo Mora).

Cuando éramos más chicas, nos gustaba saltar a la cuerda, jugar al elástico, a la brujita de los colores y al Martín pescador. En cambio, los varones son menos variados: a toda edad, figuritas, poliladrón o fútbol. También comer. Y empujarse.

De modo que ésa era una mañana soleada de comienzos de clase y necesitábamos escuchar tranquilas lo que Andrea tenía para contarnos.

Yo había llevado Capullos en Flor, que es un maíz inflado, crocante y dulce. Según Oma, “una porquería que no alimenta nada, mejor comerse una fruta” (para Oma todo tiene que tener un sentido práctico, no puede ser rico y punto).

Puse la bolsa de los capullitos en el centro para que todas agarraran un puñado. Francamente, esa información nos daba un poco de ansiedad y un hambre repentina.

En diez minutos, conocimos todos los misterios de la vida femenina en una síntesis feroz. Luego completaríamos nuestra instrucción con un libro sobre el cuerpo humano que encontramos, por azar, una tarde de invierno, en el cajón secreto del aparador de Oma y, aunque estaba en alemán, las ilustraciones eran bastante claras.

A mí me impresionó un poco el detalle, pero no dije nada. Anita, con la boca llena de Capullos en Flor, le dio

un abrazo a Andrea y la felicitó como si se hubiera ganado el primer premio de Señorita Belleza o sacado una buena calificación en Geometría. Gabi, en la luna como siempre, nos avisó que estaban tocando el timbre de entrada.

Entonces, Andrea se levantó lentamente, sacó de su bolso una toallita de esas de las publicidades y caminó hacia el baño.

—Ustedes vayan a la formación. Yo ya vuelvo —dijo la princesa mayor. Y nos dejó, llevándose su halo misterioso.

Nosotras la miramos hacer, desde Siberia, como doncellas que no fueron invitadas a la fiesta.

Lado B

El aula de sexto está organizada así: puerta de entrada (que da al patio), fila 1, fila 2, pasillo central, fila 1, fila 2, ventana a la calle Salsipuedes.

Por cierto, no es una calle verdadera, sino una pequeña cuadra sin salida, frente a la fábrica abandonada. A los alumnos de la Ocho nunca nos dejan andar por ahí porque dicen que es peligroso.

Oma dice que en la Salsipuedes hay un loco que les muestra sus partes íntimas a las chicas que pasan. Y que en la fábrica abandonada parece que descubrieron fantasmas el invierno pasado. Pero a veces se le olvidan esas explicaciones y comenta que allí hay un paredón lleno de agujeros de cuando los fusilamientos, de la noche en que bajaron gente de un camión y los liquidaron a todos...

Yo le pregunto:

—¿Qué fusilamientos, Oma? ¿A quiénes llevaban en el camión?

Y ella me responde:

—Nada, nada, eso fue hace mucho tiempo. No pases nunca por la Salsipuedes y listo.

A Anita le contaron que las gitanas van por ahí a hacer la siesta y se roban a los chicos que andan solos. Y que luego los abren y les sacan los órganos para venderlos. Yo sé que Tiki Tiki y los pibes del Fortín (los que viven del otro lado del muro) juegan fútbol en la Salsipuedes, porque no los interrumpe ningún coche. Y jamás les ha pasado nada malo. Muchos no creemos todas esas historias que cuentan, pero por las dudas no nos acercamos a la cerrada y entramos siempre a la escuela por la calle Ochoa.

El pasillo central del aula de sexto es como el meridiano de Greenwich, que divide Oriente de Occidente.

En las filas 1 y 2 lado A (patio) van los *Cool*. En las filas 1 y 2 lado B (ventana) se ubican los *Stones*. Eso lo decidió Tiki Tiki, el más capo del Fortín, porque a él le gusta que todo esté, como dice Oma, en su medida y armoniosamente (en eso es muy organizado).

—Eres romántico o *heavy*, blanco o moreno, *cool* o *stone*, patriota o gringo —explicó el segundo día de clases, nomás entrar, ante el pedido de la Pepa de que ocupáramos nuestros lugares.

Todos hicieron caso, aunque la mayoría no tiene idea de meridianos ni paralelos y mucho menos de la división de clases, pero sí de los golpes de Tiki Tiki cuando alguien lo desobedece, y se fueron sentando por orden de aparición, como en los créditos de una película. La bandita del

Fortín, que lo sigue sin chistar, se ubicó al fondo, del lado *stone*, porque a ellos no les gusta participar mucho de las clases y ahí nadie les presta atención. El resto se fue acomodando dócilmente ante la mirada atenta de Tiki Tiki.

Yo prefiero el lado B, pero no porque me identifique tanto con uno u otro grupo, sino porque me encanta mirar a las palomas que se acurrucan en el borde de la ventana, esperar su llegada e imaginarme diálogos entre ellas. Yo sé que las palomas hablan en un lenguaje propio, diferente al de los humanos, y juego a traducir sus conversaciones en mi cabeza.

Palomita Blanca dice que en la plaza del centro hay poca gente y el maíz escasea. Palomita Ala Despintada relata su aventura en el parque de diversiones y del día en que se quedó encerrada en el tren fantasma.

La conversación de las palomas sigue en mi voz de adentro hasta que Anita me da un codazo o la Pepa me pregunta si ya resolví las cuentas de dividir que hace media hora estoy haciendo, y yo le digo que un minuto más y termino. A mí no se me dan tan bien las matemáticas; soy de pensamiento lento, como dice Oma, así como hay otra gente de digestión lenta (como ella, digo yo). Pero es que a mí me entretiene mucho más imaginar las historias de las palomas, mirar las formas que forman las nubes en el cielo o ver a la gente que pasa, eso me gusta. Tengo mucho mundo interior, eso me dice siempre Oma cuando me habla y me quedo ida. Yo siento que hay como un cajón

secreto y muy hondo donde habitan algunos personajes con sus relatos y sus voces, pero también los silencios y las pesadillas que aparecen de noche.

Desde el comienzo de la primaria me siento en el primer banco al lado de Anita; detrás de nosotras están Andrea y Gabi: las cuatro somos “Las Chicas de Siberia” y BFF (Mejores Amigas Para Siempre) desde que estábamos en primero. Siempre nos reconocen por los cuatro colores de nuestros cabellos: Ana, rubio clarísimo; Gabi, marrón castaño; Andrea, negro noche; y yo, rojo furioso. Luego se ubican Gustavo y Pablo, que andan juntos todo el tiempo y son del grupo de mi primo Juan, que está en séptimo. Siguen Laura y Francisco (ni frío ni caliente); luego, Diego, el chico deportista, y Santiago Tonelli, el campeón de las mentiras o, como lo llama la Pepa, “el niño cuentero”, por su exceso de imaginación. Más al fondo, Goiti, un chico bajito que viene de la villa La Trochita, baila como los dioses, pero se duerme la clase entera, le dicen el Gurí, y el gordo Lolo, el hijo de la maestra de segundo, que esconde los sándwiches de salami debajo del pupitre y mastica cuando la Pepa no se da cuenta, que es casi todo el día. Al final, Tiki Tiki y la bandita del Fortín (de éstos se cuentan cosas bastante rudas que no me atrevo a mencionar y que merecerían un capítulo aparte).

Del lado A están las Chicas Fantasma, son cuatro que van pegadas a todas partes y lucen casi idénticas, con largos cabellos negros, pálidas, una misma forma de hablar,

vestirse, acomodarse el flequillo; hasta confundimos sus nombres (Maru, María, Marisa, Mariana, algo así). Cuando una se levanta, las otras tres hacen lo mismo y van detrás de la primera; apenas hablan, se comunican por gestos y monosílabos, y sonríen con unos dientes filosos cuando algo es de su agrado. Son bastante antipáticas, pero tienen las mejores figuritas de brillantina y felpa que se puedan ver en toda la Ocho. Luego se ubican los mellizos Robles, los hijos del jefe de policía, que siempre están jugando campeonato de pedos, a ver quién lanza el más ruidoso. La Pepa cree que el olor viene de afuera, de la fábrica abandonada de la calle Salsipuedes, y manda cerrar las ventanas (y eso es peor porque los pedos se quedan atrapados en el aula, lo cual es muy nocivo para el sistema respiratorio humano), pero nosotros sabemos que son los mellizos Robles, que se ríen disimuladamente de su gaseosa gracia. Más atrás, se sienta sola Martita Limárquez, que es el retrato vivo de Etelvina, la chica petulante de la telenovela que está de moda: rubia, perfecta y malísima, “muy finoli”, dice Oma. Todas las mañanas su padre la trae a la Ocho en un auto *supernave* dorado, y luego la mucama la viene a buscar a la salida, algo poco usual en esta escuela. Siguen dos asientos libres. Luego, el Rulo y Javi Cohen, los mejores en hacer cuentas y tocar música. Más atrás están Sara y Vivi (las lindas de los cuadernos impecables). Este año falta Ignacio Sosa, nadie sabe si se fue del barrio o si repitió quinto y lo cambiaron

de escuela. Y también Alicia Monteverde, que se murió en Navidad. Yo lo sé porque ese día estaba por cruzar la avenida con Oma y justo salía el auto negro de la funeraria del Tano Bruni, y detrás una fila de gente. Entonces vi que en la ventanilla trasera del coche, cubierta con unas pequeñas cortinas de color violeta oscuro, decía: *Alicia Monteverde Q.E.P.D.* Y dije: “Oma, ¿qué hace ahí Alicia?”, y me contestó: “Pobre Alicita”, con ese ademán que ella hace cuando no sabe qué responder. Y después me dijo mi primo Juan, que está en séptimo, que Alicia Monteverde había muerto.

Pero la Pepa ni los nombró, ni a Nacho ni a Alicia Monteverde. “Así que este año son veintisiete”, dijo, luego de pasar lista, el primer día de clases, y cerró el libro y no se habló más del tema. Pero ahora hay dos asientos vacíos, en medio del lado A, que recuerdan las huellas de los ausentes, sus marcas personales en los pupitres (una letra A dentro de un corazón dibujado, “Nacho capo” tallado en la madera o una hoja de carpeta del año pasado con la letra de ellos olvidada por ahí).

Luego de eso, la Pepa nos dio esa ficha en la que hay que completar algunos datos personales, poner los nombres y firmas de padre, madre, tutor o encargado.

Yo soy la única en la clase que no tiene Padre ni Madre; Oma vendría a ser mi tutor o encargado. Cada vez que la entrego firmada por ella, todos los años desde primer grado, me pasa lo mismo: la maestra en turno me mira

con cara de pobrecita. Como si la ausencia de padre y madre fuera una mancha con tinta indeleble, una especie de daño irreparable, un rompecabezas al que le faltaran las piezas.